

DIAMANDA

EL DÍA DE LA SERPIENTE

La Dama del Laberinto, la cantante que todo lo tritura, nos recibe, reptante, en su cueva, en el Moloch de Manhattan. La diosa del 'avant-garde' cambia de piel ante nuestros ojos: le gusta la «música enferma» y teme la muerte de sus padres.

POR JOSE ÁNGEL GONZÁLEZ FOTO TINA ZIMMER

En las fatigadas entrañas del palacio de Cnossos, en la isla griega de Creta, fueron encontradas dos figuras minoicas. Son un par de mujeres de largas túnicas que dejan al aire los pechos. Ambas sostienen serpientes en las manos alzadas. Simbolizan a la Gran Madre, la Dama del Laberinto, fundamento de arcaicos y fervientes cultos en cuevas que podemos imaginar como de luz escasa, fetidez acuosa y forma laberíntica.

Otra cueva, cuatro mil años más moderna que la guarida de las diosas-serpiente: Manhattan, el ostentoso escaparate de Babilonia. Soleado mediodía de octubre en la Quinta Avenida, uno de los groseros tajos hendidos de norte a sur en la isla robada a los indios nativos a cambio de 24 dólares y hoy convertida en altar de Occidente. Campo de carroña para todos los zopilotes encorbatados.

'CAPUCCINO' CON COCAÍNA

En el sereno jardín de la First Presbyterian Church, la Iglesia de los patriotas, a la sombra de un ginkgo, una joven navega por Internet con su *laptop*. En la acera de enfrente, porque los hijos de las tinieblas rondan en las inmediaciones de los templos, La Serpiente reptante.

«¿Pusiste en el *capuccino* la cocaína que te dije?», pregunta al camarero. El restaurante se llama Danal. Es bohemio, culto y liberal, como todo el barrio de Gramercy Park. El camarero es correctamente amanerado, correctamente



GALÁS





KRISTOFER BUCKLE



ANNIE LEIBOWITZ

A la derecha, una de las fotos de *Plague mass*, el ciclo de canciones en favor de los enfermos de sida.

barbilampiño, correctamente *newyorker*: otro pibe efébo en las fauces de Moloch. Bromea con La Serpiente. «¿Cuántas Sarah Palin habrá este Halloween?». Las carcajadas son antiguas. Huelen a tierra. En el hilo musical, la voz de un negro: *Bright blessed days / dark sacred nights*.

Tras dos días de lluvia («tirada en la cama, triste, con mi gatita *Serafina*, las dos hundidas y llorando desoladas»), La Serpiente está radiante. Ha cambiado de piel y ha reparado las heridas del ahogo. Afila los colmillos: «Si me quedase una semana de vida, haría daño a todos los que me dañaron. No, no me quedaría mirando las flores. Los asesinaría a todos. Uno por uno, lentamente». Es fácil imaginarla: una mujer con un cuchillo de trinchar.

La Serpiente es una mujer, por supuesto. Cómo no, de origen griego con ascendientes asirios y armenios. Las cédulas administrativas dicen que se llama Diamanda Galás y nació el 29 de agosto de 1955 en San Diego, al sur de California y «a diez minutos de México». Hija de Dimitri y Giorgia. Podría ser una diva de la ópera (canta como si lo fuese y la crítica la considera la mejor voz de su país). Acaba de ofrecer dos conciertos espléndidos en el Festival de Otoño de la Comunidad de Madrid. Fueron como escaleras hacia el subsuelo. Pero La Serpiente ha decidido, como buen reptil, hablar con los muertos.

«Mi madre dice que mi modo de cantar viene de otro tiempo, de la estirpe de las *moiroloias*, las mujeres de la península de Mani que cantaban lamentos funerarios». Analogía número 1: las *moiroloistas*

eran evitadas por los hombres. Como La Serpiente, que limita a una palabra su consideración del género masculino: «Bastardos». Analogía número 2: los sacerdotes consideraban que los gritos rituales ante los cadáveres de las mujeres bramantes eran impíos. El Vaticano y la Democracia Cristiana italiana tildaron a La Serpiente de sacrilega («más blasfema que Madonna», dijeron oficialmente) cuando representó en Roma, en 1993, *The masque of the read death*, uno de los oratorios del ciclo de canciones-rugido sobre la cruzada antisida de los purpurados.

SONRISA DE ALAMBRE

Retrato de La Serpiente: pantalón pitillo y chaleco negros, reloj con pulsera de perlas, sonrisa de alambre, gesticulación neorrealista de recolectora de arroz, de trabajadora industrial —brazos disparados, muchos voltios en las piernas-araña—, tatuaje en los nudillos de la mano izquierda (*we are all HIV+*, todos somos seropositivos), ojos de rayos X casi verdes, una mueca eterna de labios... Pica faláfel y ensalada, unta humus en un trozo de pita, bebe té con hielo. Carcajadas como rascacielos y marfil trazador en la boca. Sabe lo que dice. No le gustan las palabras-pendejada («no se debe jugar con las palabras, cada una es importante»).

«No dejo de escuchar bandas sonoras de películas de terror, compuestas para provocar miedo. Películas extrañas y difíciles de encontrar sobre humanos que se convierten en cocodrilos o serpientes, sobre humanos que son

**«¿Criaré lobos en el futuro!
Me encanta como aullan.
Son como yo. No andan
en manadas. Odio a los
animales que van en grupo»**





devorados por gusanos, documentales sobre animales... Me gusta la música enferma».

Desde su debut, en 1982, con *The litanies of Satan*, La Serpiente ha abierto repetidamente la caja de Pandora, de la que emergen todos los padecimientos. Su discografía *Bulldozer* de 17 álbumes no ha evadido los viajes a la demencia (*Vena cana*, 1993); el poder anímicamente laxante del ruido (*Schrei* 27, 1996); la poesía fúnebre de Baudelaire, Pasolini o el poeta-guerrillero Miguel Huezco Mixco (*Malediction and prayer*, 1998); la crónica y el lamento del genocidio cometido por los turcos entre 1914 y 1923 contra los armenios, los griegos y los asirios (*Defixiones, will and testament: orders from the dead*, 2004) o la reinterpretación perversa de la tradición musical estadounidense, desde el blues de cadena de trabajo de los presidiarios hasta el jazz furioso de Ornette Coleman (*The sporting life*, 1994, y *Guilty guilty guilty*, 2008).

La Serpiente es una máquina de triturar («me encanta esa expresión, sí, sí, ¡soy una jodida máquina de triturar!»), una francotiradora («¿sabe que en los años ochenta tenía una camiseta militar con esa expresión, SNIPER, que no me quitaba nunca?»). Nos quiere apretar hasta la asfixia. Está de acuerdo al 100% con Kafka cuando aseguraba que la comunicación sólo es posible si el oyente está horrorizado. «La música que me interesa es aquella que te puede provocar la muerte con sólo escucharla. Las notas, el timbre, los dinámicos... Todo debe tener una propulsión capaz de catalizar la tensión y llevarte hasta la muerte. Cuando canto las canciones que me gustan me atraviesa la idea de que estoy matando a alguien. Me siento bien con esa sensación».

«ODIO A LOS ANIMALES QUE VAN EN GRUPO»

Al cantar tiene ademán de hiena, «esos animales horribles que me aterrorizan, pero colocan los labios en la posición correcta en que los coloco yo para cantar, perfectos desde un punto de vista académico», pero prefiere la distinción de los animales solitarios. «¡Criaré lobos en el futuro! Me encanta cómo aúllan. Son como yo. No andan en manadas. Odio a los jodidos y aburridos animales que van en grupo. También a la gente que va en manada. La odio».

Atardece sobre la falsa gloria de Manhattan. Llega la hora del regreso al apartamento del East Village, donde vive sola con la gata triste *Serafina*. Un lugar «caótico, desordenado, con papeles por todas partes, un lugar capaz de volverte loco». La Serpiente, la sacerdotisa dura y sucia que creció tocando el piano, aislada de las energías criminales de la televisión y la radio, se educó en los placeres del sadomasoquismo en el instituto, estudió bioquímica, perdió a su único hermano por el sida, padeció una severa hepatitis C durante cinco años, declara «obscena» la idea de la maternidad y se siente asqueada por el «pop pedófilo»



En 1984, casi una debutante, en una gasolinera de NY. PAUL HARRIS



Con John Paul Jones (Led Zeppelin), en 1994. STEPHEN SWEET

y el «rok imbécil» de estos tiempos. Deja que la piel empiece a mudar de nuevo.

«Tengo miedo, claro que sí. Como cualquier otra mujer. ¿Miedo a qué? Sobre todo a la muerte de mis padres. Mi madre tiene 85 años y es fuerte, pero mi padre, de 93, sufre muchos problemas de salud. Estoy preocupada por ellos, muy nerviosa. Soy su única hija y le doy muchas vueltas a la cabeza. Tiendo a la oscuridad... ¿El suicidio? No sería capaz de hacer algo así. Sería una humillación para mis padres, una bofetada que destruiría su vida. Soy griega, sé cómo practicar el estoicismo. Es difícil vivir, por supuesto, pero soy yo quien lo ha elegido. Navego en la tempestad, pero estoy en mi barco. Al menos puedo pescar. Al menos puedo pagar el alquiler».

